

PRESENTACION

La enseñanza social de la Iglesia será comprendida y realizada, entre otras cosas, de acuerdo a los presupuestos eclesiológicos propios, es decir, dime desde qué eclesiología razones y te diré que enseñanza social tú sustentas.

Iglesia y Sociedad

Con ocasión del aniversario de la encíclica *Rerum Novarum* es oportuno reflexionar brevemente acerca de la relación Iglesia-Sociedad. Respecto de la sociedad, la Iglesia Católica ha tenido innumerables respuestas. Aquí las reducimos a dos: En primer lugar, algunos conciben la Iglesia como sociedad perfecta, como si el Reino se redujera a la Iglesia y ya se diera en ella la plenitud de la historia. Desde esta concepción de la Iglesia como comunidad perfecta, se entiende que esta institución así concebida entre en competencia y conflicto con la sociedad civil. La tarea de la Iglesia sería el conquistar la sociedad civil, el dominar desde el poder los aspectos más trascendentales, como son: la moral pública, las convicciones éticas y la educación. Esta forma de concebir la Iglesia aspira al monopolio.

Una segunda manera de concebir la Iglesia es la de comprenderla como un pueblo llamado gratuitamente por Dios a servir a la humanidad en todo lo que respecta al bien común. Esta Iglesia no se identifica sin más con el Cristo, ni con el Reino. Su tarea es el servicio de ese Reino que está presente. Su servicio consiste primordialmente en el anuncio de la Buena Noticia en palabras y una obra que Dios ofrece a todos los hombres para que viéndola puedan apartarse de lo que destruye a la humanidad, y creer en la Buena Noticia de nuevas relaciones de salvación y fraternidad, cuyo origen es la lealtad gratuita de Dios. Esta

Iglesia, por tanto, no pretende competir con la sociedad civil en ninguna de sus tareas, ni desplazarlas de ninguna de sus legítimas competencias.

La Enseñanza social de la Iglesia como servicio.

Toda la enseñanza de la Iglesia parte de la revelación, la comunicación de Dios para la salvación eterna de la humanidad que pasa por los esfuerzos hacia la creación de estructuras más conformes a la dignidad y los derechos humanos, sin reducirse ni identificarse con ninguno de estos esfuerzos.

Los servicios más notables que presta en concreto la enseñanza social de la Iglesia a la humanidad son:

El planteamiento de un Absoluto garante de la dignidad y fraternidad humanas y la denuncia de todo falso absoluto: llámese estado, placer, consumo, seguridad, raza, religión, propiedad, lujo, poder, técnica, prestigio y status social.

El planteamiento de una visión de la identidad, tarea y destino humanos que hace de la comunión con Dios y los hermanos una clave de la felicidad y la crítica de toda antropología que reduzca al hombre y lo humano a la búsqueda sin medida del dinero y del interés propio.

La enseñanza social de la Iglesia sirve revalorizando toda actividad humana, especialmente reconociendo al trabajo su dimensión eterna.

Desde su experiencia espiritual propia, la enseñanza social puede ayudar a discernir las falsas espiritualidades que fomentan el escapismo o cierto maravillosismo. El escapismo reduce lo religioso al ámbito privado e íntimo, como si Dios no tuviera que ver con la dignidad humana, como si pudiéramos ser espirituales sin esforzarnos por liberar a los presos de todo tipo de cautiverio. El maravillosismo distrae de los conflictos de la historia y busca la salida de todo problema en la intervención milagrosa de Dios; dejando de lado la obra más admirable de la gratuidad divina: la salvación de la libertad humana. Ambos, escapismo y maravillosismo rechazan que Dios se identifique con el empobrecido, y desde allí, apele a lo que hay de mejor en todos nosotros, y desde allí critique todo lo que nos deshumaniza en nuestro interior y en nuestras estructuras.

¿Cuáles serían las urgencias a tener en cuenta por la enseñanza social a nivel nacional?

En los Documentos de la Conferencia del Episcopado Dominicano (1955-1990) nuestros Obispos nos han alertado contra el engañoso inmediatez egoísta y deslumbrador de la corrupción que goza, pero

no produce; derrocha y mata de hambre. Nos han alertado contra nuestra falta de institucionalidad minada por el centralismo caudillista, trasnochado e irresponsable, generador de clientes inmorales, pero no de ciudadanos; dispendioso arbitrario de los recursos del Estado, pero absurdamente negligente en atender a los aspectos más fundamentales de la vida humana. Las masas han aprendido a aplaudir, pero no a escribir ni leer; se bebe, pero no se lee; hemos aprendido a tender la mano para pedir de limosna derechos inalienables, pero aún apenas sabemos votar, ni disponemos de los mecanismos que aseguren la pureza de las elecciones.

Nuestros Obispos, una y otra vez, nos han puesto a mirar a los más pobres como criterio y medida de todo camino y decisión nacional. Esas son nuestras urgencias. Quieren sacudir nuestra desidia y parálisis astuta para llamarnos al trabajo, en un país donde aún es posible la paz, y quedan amplias reservas de humanismo y buena voluntad.

Otras Urgencias

Necesitamos una enseñanza social que no cese de replantearnos todo lo bueno y válido de lo planteado desde la *Rerum Novarum* hasta el día de hoy, y nos obligue a todos a crear los mecanismos de asimilación de lo que el magisterio social de la Iglesia nos ha comunicado. Esta enseñanza social nos invitará a desmontar en nuestros proyectos todas aquellas actitudes y mecanismos que reproducen lo inhumano de nuestra sociedad: la ideología de la superioridad, el calculado desentenderse, el desprecio e ignorancia de lo nuestro, el canibalismo de la antropología del exclusivismo del lucro, y la irresponsabilidad feiz e improductiva.

Una enseñanza social que nos obligue a discernir nuestra espiritualidad, para ver qué importancia tiene en ella la justicia y nuestra responsabilidad.

Una enseñanza social que nos llame a cargar con nuestra sociedad y a encargarnos de nuestra sociedad, como diría el asesinato sacerdote Ignacio Ellacuría, sacudiendo nuestra parálisis para buscar canales de participación y de educación cívica, nuevos instrumentos de participación ciudadana.

Una enseñanza social que promueva y atienda el discernimiento de las comunidades, de los grupos de base, que recoja los aportes y *"...la experiencia de quienes trabajan directamente en la evangelización y promoción de los pobres y oprimidos... que se tome conciencia de*

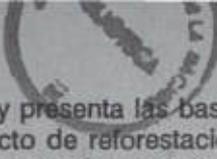
ciertos aspectos de la verdad a partir de la praxis, si por ésta se entiende la práctica pastoral y una práctica social de inspiración evangélica". (Instrucción sobre Algunos Aspectos de la "Teología de la Liberación" del 6 de agosto de 1984, edición de la PUCMM, XI, 13). Que se escuche con respecto a los que viven y trabajan junto a los pobres, y se recoja con la simpatía leal de hermanos sus temores y esperanzas, alegrías y angustias. Hecho todo esto, no podemos ahorrarnos el humilde y esforzado sometimiento al instrumental técnico para poder elaborar un discurso creíble, que pasa por las mediaciones científicas, sin reducirse a ella, sin esconder la luz que nos salva mientras revela nuestro barro, y sin escamotear el "tumultuoso e impresionante... clamor [que] brota de millones de hombres, pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte" (Doc. de Medellín, Pobreza de la Iglesia, 2 y Puebla, números 87-90).

Nuestro Número

Estudios Sociales camina en esta edición diversas veredas de la enseñanza social en sus principios y concreciones. El artículo de José L. Alemán resume brevemente las tomas de posición más relevantes dentro y fuera de la Iglesia Católica respecto de la llamada "cuestión social" en el siglo XIX. Ellas formaban el contexto en el que vivieron los precursores de la *Rerum Novarum* y en el que se fue gestando la primera gran encíclica social, hija también ella de un proceso histórico y de los presupuestos teológicos vigentes, especialmente para León XIII. Alemán sintetiza las enseñanzas de este Papa alrededor de los siguientes polos: propiedad privada y socialismo, el papel del Estado ante "la cuestión social", las asociaciones obreras y la cuestión del salario. Respondiendo como podía a estos desafíos, León XIII fue sentando las bases de un nuevo modo de ser cristiano en la cambiante sociedad moderna.

José Luis Sáez nos presenta el significado y la trascendencia de la Primera Semana Social del Caribe celebrada en Santo Domingo, en 1947. De este evento nacerían varios esfuerzos valiosos de acción social cuyos avatares y logros Sáez narra hasta los finales del trujillato.

Manuel Maza nos introduce en el Nueva York de los 1880 a la figura discutida del P. Edward McGlynn, infatigable activista social a quien su Obispo y León XIII, se ocupara en las páginas de *La Nación* de Buenos Aires y *El Liberal* de México. Con el obispo Corrigan y el Padre McGlynn chocaban dos maneras de concebir la relación Iglesia-sociedad. Este conflicto todavía encierra lecciones para nosotros. Como apéndice, Maza nos ofrece una breve cronología de la vida y el pensamiento social de León XIII.



El antropólogo Gerald F. Murray presenta las bases teóricas y la metodología empleada en un proyecto de reforestación en Haití que comenzó en 1981. El proyecto se implementó usando a párrocos rurales católicos como componentes claves en diversos aspectos fundamentales, entre ellos la selección de los campesinos participantes. Murray aboga porque en República Dominicana se realicen esfuerzos similares. El profesor de la Universidad de la Florida (Gainesville) persigue, no la solución proteccionista del bosque, sino "la domesticación" de la madera como un cultivo más.

Cierran el número una selección de aportes dominicanos al Congreso Regional de Pastoral Social celebrado en México del 26 al 28 de febrero de 1991, así como algunos materiales del mismo Congreso.